

Prólogo

Esto es una llamada. Una más. De nuevo, la providencia te tiende la mano con una intención clara y contundente: hacerte recordar tu naturaleza esencial. Aquélla que resplandece aun bajo el espeso manto de tanta manipulación y condicionamientos sociales. Aquella luz que alimentaba tus sueños cuando eras un niño y no trazabas límites a tu infinito potencial. Las energías se confabulan en estos momentos más que nunca respondiendo a una demanda vibracional del planeta Tierra y de quienes lo habitan, buscando formas de expresión y canalización para transmitir esa luz que, como potentes rayos, ya está atravesando la densidad oscura de una invernación impuesta. Quizás era necesaria tal desarmonía para despertar. Quizás la dura capa exterior de la semilla necesitaba de tal zarandeo para eclosionar. Después de todo, el hijo pródigo no fue consciente de su inmensa bendición hasta que, tras haber malvivido extremadamente, decidió regresar al lado de su padre y la riqueza familiar. Lo importante, en cualquier caso, es que todo proceso tiende a su reequilibrio restaurando la armonía y destapando la verdadera esencia que luce más allá de formas y divisiones.

Efectivamente, lo real permanece mientras lo aparente cambia. La vida nos lo muestra continua-

mente en una danza frenética en la que todo evoluciona. Todo se transforma en esta gran obra. Pero más allá de este espectáculo de luces y colores, es posible y finalmente inexorable, advertir un mismo patrón de comportamiento de toda forma. Un proceso único que sintetiza distintas apariencias y causa la ilusión de una separación. Ahí empieza el juego, que no es otro que el de advertir la unicidad en todo. ¿No es ésta acaso la ciencia de los místicos? Todo desemboca al final en el océano infinito. En la eterna gracia de una divinidad que siempre nos acompañó desde los orígenes insondables del Ser.

Para acercarnos en estas líneas a esa esencia perenne (que es cuanto nos permite la escritura), hemos rescatado dos conceptos filosóficos: la *hipóstasis* y la *reminiscencia*.

Hipóstasis es un concepto de origen griego que hace referencia precisamente a lo inmutable. A aquella «verdadera realidad» que está más allá de formas y manifestaciones. Es decir, a nuestra naturaleza real. También se utiliza el término en teología para designar la naturaleza única de un Dios que, sin embargo, se manifiesta en tres personas: Padre, Hijo y Espíritu Santo. O bien, la unión de las dos naturalezas: la humana y divina, con Jesús como ejemplo de ello. Nosotros, no obstante, huimos de la teorización, sea teológica o de cualquier otra rama, refiriéndonos

a la hipóstasis como a nuestra verdadera esencia, que podemos –y debemos– abordar de manera práctica.

Para ello, el segundo concepto es imprescindible: la *reminiscencia*, recordar por qué hay olvido. A Platón se le asocia, precisamente, con la teoría de la reminiscencia, con la que explica que conocer es recordar. El brillante filósofo enunciaba que la adquisición de algún conocimiento no era otra cosa que recordar lo que el alma ya sabía antes de encarnar y quedar encerrada en un cuerpo y en el mundo sensible.

Aunque la cosa va por ahí, el enfoque de este libro difiere bastante de estos contenidos. Hay paralelismos pero mi cometido no es sólo filosofar sino, sobre todo, enfocar la reminiscencia de forma pragmática y experimental, pues la base de este libro es la búsqueda de una experiencia corroborable y contundente. Nuestra reminiscencia, nuestro recordar, será tan efectivo como un abrazo a un ser querido que tras una larga ausencia, vuelve a nuestras vidas. Y entonces la alegría nos desbordará expresando su maravillosa naturaleza.

¿Estás listo para ello? Claro que sí. Después de todo, sino no estarías leyendo estas líneas.

Nada es casual...

1. Amnesia



mnesia, según el diccionario de la Real Academia Española, es la «pérdida o debilidad notable de la memoria». Pero aquí no estamos tratando de recordar episodios olvidados de la vida presente. Ni siquiera de una posible vida o vidas pasadas. Aquí lo que trataremos es de advertir acerca de la pérdida de identidad. La identidad real subyacente a toda metamorfosis. La piedra filosofal de los alquimistas. El elixir que alimenta toda vida y la trasciende, en una perfecta orquestación. Así, todo se combina en un maravilloso universo, adquiriendo distintas tonalidades y matices. Pero detrás de semejante despliegue de majestuosidad se muestra una sonrisa inteligente. Una mueca amorosa que, con continuos gestos, se complace en bailar. Una conciencia original. Una conciencia cósmica que se deleita en expandirse en incontables manifestaciones, a cada cual más trascendente, y por ende, más cercana a su origen. Una suerte de ciclo en el que se alternan expansión y contracción, inhalación y exhalación, sístole y diástole de un sólo corazón universal.

¿Y qué lugar o posición ocupa el ser humano en ese recorrido? No debemos apresurar una respuesta en este sentido. La historia legada (que es ínfima respecto a la acontecida) nos habla de un ser capaz de ocupar el eslabón más deplorable de la raza animal, o que bien se yergue como ser realizado y en perfecta armonía. Como Dios mismo, que se reconoce en la unidad de todo. Evidentemente, hay muchos tipos de hombres, muchos estados intermedios según su educación y entorno sociocultural. Pero parece que el hombre es un prototipo «único», y capaz de expresar semejante abanico de matices y contrastes paradójicos. Reconociendo tal despliegue, aquí apuntaremos a lo más alto. ¿Por capricho? Desde luego que no, sino más bien desde el convencimiento de que, como engranaje perfecto, como puente, debemos aspirar a la máxima evolución posible dentro de nuestra condición recordando quiénes somos realmente.

Sospecho que los límites son ilimitados. Pero para ser sinceros, más que una sospecha se trata de una evidencia si nos hacemos eco de la Historia y de la vida de grandes seres ejemplares. En efecto, la casta de los maestros y su legado es en muchos casos perfectamente rastreable. Personajes engalanados con el devenir del tiempo que exhiben una vida feliz y en perfecta armonía con todo. En ellos debemos centrar nuestra atención. La razón es clara pues, ¿quién no anhela abrazar el clímax de la vida y vivir

en felicidad? Debemos aspirar al máximo sin limitar nuestros pasos. Este proceso nos llevará a reconocer nuestra naturaleza primigenia. Recordaremos entonces que somos mucho más que un cuerpo en el tiempo y en el espacio. Que no somos distintos de otras manifestaciones y que nuestra máxima expresión es el Amor. Sin forma ni límites.

Llegados a este punto, despejaremos esa insidiosa incógnita que nos hacía sentir incompletos aun teniéndolo todo. ¿No es verdad acaso, que sigue habiendo un hueco en nuestro interior que no son capaces de llenar el mundo y sus cosas? Es evidente que no todo el mundo puede responder afirmativamente a esta pregunta, por falta de medios y experiencia. Pero con seguridad, ésta es la conclusión de aquéllos que sí han tenido oportunidad de vivir con todas las necesidades básicas cubiertas, y que en una vorágine de dependencias, siguen consumiendo y adquiriendo posesiones desde la creencia de, con tal evolución, hallar la tan esquiva felicidad. Pero la experiencia nos muestra que no sólo no son más felices sino que son presa de más ataduras, más dependencias y más miedo.

En cualquier caso apostamos por el mejoramiento integral y progresivo del ser humano porque esto es lo que de verdad le hace feliz.

Le hace feliz porque le recuerda su auténtica esencia. ¿Y cuál es esta esencia promulgada por los seres realizados? La unidad indivisible de todo lo manifestado. De lo creado y lo increado. Más allá de las divergencias se levanta un sólo estandarte, «un sólo sabor» como decía Ken Wilber. Todo esto suena muy utópico y poético en un marco social donde el desequilibrio de una punta del mundo a la otra es abismal. Me consta. Hambre, miseria, necesidad, precariedad, atrocidad... por un lado. Y consumismo, adicción, control, dependencia, posesividad, depresión, ansiedad... por otro. Un marco desolador e inestable. Ésta es la fotografía de nuestro presente. Y quizás muchos piensen que no es momento de filosofar sobre la vida, sino de actuar. Pero en este caso hablamos de una misma cosa. Pues esta filosofía (el amor por la sabiduría) nos debe llevar a la verdad existencial de forma no sólo teórica sino como experiencia real.

Esta experiencia ha sido abordada por los místicos de todos los tiempos. Y no hablo de burdos enunciados debatibles, sino de ser lo que realmente somos. De recordar. En dicha rememoración yace la cura de todo desequilibrio, pues una vez hayamos experimentado la unidad de todas las cosas, ¿qué motivo podría haber para distinguirme de mi semejante? ¿Qué podría provocar una separación, una disputa con la conciencia de que me enfrento a mí

mismo? El egoísmo no tendría cabida en tal caso. La ignorancia sería disipada por la luz de la verdad, verdad que puede –y debe– ser experimentada por todo ser humano. No es una obligación, es un privilegio. No es una elección, es un designio. Claro que puedes elegir disfrazarte de lo que te plazca, pero no puedes negar lo que eres. Y no querrás hacerlo llegado el momento. Te lo aseguro. Pues entonces la felicidad te abrazará con ligereza y expansión. Será como aquél que soñó que era un mendigo y malvivía en las calles entre necesidades y penas, cuando de repente despertó y se vio como rey sobre todas las cosas. Se acabaron las limitaciones y los barrotes. La dicha fue desde entonces tu compañera.

Pero necesitas evocar tu divinidad, despertar del sueño en el que estás inmerso. Sufres amnesia. Tu mundo se debate en una especie de contradicción en donde nadie parece feliz. Ni los que poseen, ni los que no tienen. Todos son esclavos y víctimas de una profunda ignorancia. Todos aparentan carencias profundas, ya sean materiales, emocionales, psíquicas o de otra índole. Algunos no tienen ni agua mientras otros gastan miles de euros en varias botellas. Corazones secados en el olvido y corazones que como un torrente inundan poblaciones enteras. Un mundo de terribles contrastes en todos los planos. Pero hay esperanza. Así nos lo legaron otras voces cuyo eco sigue resonando a través del tiempo. Debemos –no por obligación sino por felicidad–, hacer

caso de sus vidas. Ellos demostraron que no sólo es posible conquistar las cotas más altas de la evolución, sino que no hay nada que conquistar. Pues ya todo nos pertenece. Tan sólo debemos recordar y tomar conciencia de nuestro Ser real. Aquél que está más allá de límites, formas y desequilibrios. Más allá de fluctuaciones y vaivenes. Aun en medio de la tormenta, podemos reconocer una filosofía perenne que nos dará acceso a la prosperidad de nuestra condición real.

No se trata de una empresa fácil, pues la alienación¹ que sufre la raza humana es notable. Dicho proceso no es cosa baladí, y más teniendo en cuenta el amplio espectro de seres humanos que pueblan la Tierra. Cada población o demarcación se estructura dentro de una sociedad de culturas y creencias muy dispares. Y las personas, en sus respectivos países, son condicionadas desde su nacimiento. Todos sufrimos, en mayor o menor medida, un marcado a fuego desde nuestra infancia. Nuestras maravillosas mentes son manipuladas por la sociedad, las creencias y la cultura. Se amputa nuestra creatividad e inocencia, y se nos limita en tal o cual dirección. Nuestro potencial es progresivamente atrofiado. Y así nacen

¹ Del lat. *Alienatio*, *-onis*. Proceso mediante el cual el individuo o una colectividad transforman su conciencia hasta hacerla contradictoria con lo que debía esperarse de su condición.

Psicol. Estado mental caracterizado por una pérdida del sentimiento de la propia identidad (RAE).

la individualidad, la separación, la competencia, los miedos, el patriotismo y el fanatismo. Los padres, el sistema educativo y el ambiente, se encargan de crear una entidad social «correcta». Pero como dijo Jiddu Krishnamurti: «no es saludable estar bien adaptado a una sociedad profundamente enferma». La cura pasa por ir más allá de los síntomas. La raíz de la enfermedad subyace en el individuo que conforma el bloque social, en la ignominiosa personalidad de la que es investido en su crecimiento por su ignorante entorno. Es necesario y vital un retorno a la inocencia, una memorización de nuestro Ser primigenio para redescubrir lo que fuimos, somos y siempre seremos.